

Plebiscito, terror de los indecisos

Por Rafael Otero Echeverría

La firmeza con que el Presidente Pinochet, sus ministros y altos funcionarios han reiterado en diferentes ciudades del país que el plebiscito consultado en la Constitución Política para que el ciudadano se pronuncie sobre la gestión del Gobierno y el nombre del nuevo Presidente, a partir de 1989, ha hundido en el desconcierto, el desánimo y la amargura a decenas de presidenciables y a miles de revoltosos que pensaban hacer su agosto con la campaña contra el plebiscito.

El hecho legal de que la Constitución de 1980 establece una consulta ciudadana sobre ambas materias, ha sido rechazado o reprimido por sectores violentistas, izquierdistas y usufructuadores de una apariencia izquierdizante que borre su pasado derechista económico y político.

La maliciosamente llamada "Campaña para elecciones libres", que desconoce de partida la amplia libertad con que los ciudadanos podrán votar SI, NO o ABSTENERSE en el plebiscito de 1989, tenía por objeto doblegar al Ejecutivo o, al menos, a parte de la Junta de Gobierno, para eliminar ese paso lógico y pacífico de la transición a la democracia, y reemplazarlo por elecciones presidenciales con multiplicidad de candidatos.

Técnicamente, ese camino está abierto: si el Gobierno pierde el plebiscito de 1989, automáticamente hay elecciones abiertas presidenciales al año siguiente. Tan libres como será la decisión ciudadana frente a la consulta.

Pero la resistencia antide-mocrática, donde forman tumultuosa jauría desde extremistas del terrorismo hasta caballeros que hacen sus abluciones diarias con agua bendita y se perfuman con mirra e incienso, no tiene interés en esas eventuales elecciones presidenciales de 1990, sino en doblar la mano, es decir, derribar al Gobierno ahora.

Las primeras reacciones de esos sectores, ante la imposibilidad de eliminar el plebiscito, ha sido la de lanzar una campaña persistente para demostrarles a los extranjeros, que el Presidente Pinochet tiene escasísimo respaldo popular y que perderá el plebiscito.

Entonces, ¿a qué preocu-



parse? Si Pinochet lo pierde, quiere decir que lo ganan los opositores y ellos podrán elegir a quien quieran en 1990.

Pero como saben que esa afirmación es falsa, y se basa en encuestas útiles tanto para un barrido como para un fregado, con

universos estadísticos insuficientes, o preguntas intencionadas, han abierto un segundo frente de ataque y desprecio: publicitar que los grupos que buscan la caída del Gobierno constituyen la inmensa mayoría del país y que los sectores que apoyan la Constitución y están de acuerdo con aplicarla, como única manera de contar en 1990 con un Parlamento capaz de introducirle las reformas que necesita, constituyen una minoría ínfima.

Nuevamente el argumento muestra su falacia a simple vista, porque si los grupos que se llaman "de oposición" sostienen que cuentan con la identificación mayoritaria del país, ¿por qué se niegan a inscribirse como partidos legales, cumpliendo los trámites que exige la ley? Si son los más, ¿por qué se muestran los más débiles en tomar decisiones?

La realidad es que es falso que esos grupos cuenten con el respaldo mayoritario de la ciudadanía. Desde luego, argumentan que la tal ciudadanía es "insignificante", puesto que se han inscrito menos de un millón y medio de los casi siete millones de chilenos que poseen nueva cédula de identidad, indispensable para el trámite.

Si yo me siento poderoso, triunfante de antemano, y veo a mi opositor derrotado en el suelo, agonizante, no rehúyo el combate; al contrario, lo acelero.

Pero reunir las firmas que se necesitan para ser partido legal, no es tarea sencilla. El alto número pone dificultades a tirios y troyanos, pero quienes confían en los mecanismos constitucionales no eluden el reto, sino que lo encaran. Aparecen entonces los candidatos "de tapadita", a desacreditar a esos partidos en formación, con informaciones falsas, encuestas amañadas y toda la técnica de la desinformación.

Maniobra antigua para esconder la debilidad propia y el terror al auténtico enfrentamiento democrático.

Al menos, así lo pienso yo.